

# El Último Verano de la URSS

DEL MAR BÁLTICO AL MAR NEGRO EN TREN



Primera edición en REINO DE CORDELIA, marzo de 2021

Edita: Reino de Cordelia

[www.reinodecordelia.es](http://www.reinodecordelia.es)



@reinodecordelia



facebook.com/reinodecordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º pta. 24

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Sara Mª Gutiérrez Torre, 2021

Ilustración de cubiertas e interiores: © Pedro Arjona, 2021



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte

IBIC: FYB

ISBN: 978-84-18141-37-9

Depósito legal: M-3531-2021

*Diseño y maquetación:* Jesús Egidio

*Corrección de pruebas:* María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso de la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

# El Último Verano de la URSS

DEL MAR BÁLTICO AL MAR NEGRO EN TREN

Sara Gutiérrez

Ilustraciones de Pedro Arjona







# Índice

Prólogo	13
<b>EL ÚLTIMO VERANO DE LA URSS</b>	<b>23</b>
Preparación del viaje (Járkov)	25
Leningrado	47
Leningrado - Tallin	67
Tallin	78
Tallin - Riga	95
Riga	105
Riga - Vilna	119
Vilna	131
Vilna - Lvov	143
Lvov	161
Lvov - Kiev	175
Kiev	185
Kiev - Odesa	199
Odesa	205
Odesa - Járkov	223



МакДОНАЛД



A todas mis compañeras de viaje



«Cuando lo pensó más tarde, decidió que, ciertamente, le debía de haber llamado mucho la atención, mas en aquel momento todo le pareció de lo más natural».

LEWIS CARROLL

*Alicia en el País de las Maravillas*





La autora en la Escalera Potiomkin, en Odesa, durante el viaje por las repúblicas soviéticas.

# Prólogo

**L**A FRONTERA ME LA ABRIÓ una beca del Ministerio soviético de Educación, para especializarme en Oftalmología.

Después de haberme recomendado por carta que llevara papel higiénico y colonia, los concienzudos funcionarios decidieron dejarme en casa, supongo que al comprobar que mis conexiones políticas eran inexistentes (me habrían creído comunista afiliada, ¿quién si no osaría lanzarse a semejante aventura?). Sin embargo, nunca me comunicaron su decisión. Durante un año, un viernes tras otro, me pidieron disculpas asegurándome que estaban intentando conseguirme un billete para volar a Moscú pero que todos los vuelos iban llenos. ¡Qué raro! Cuando por fin conseguí hacerme oír por alguien que consintió en reparar lo que dimos en llamar un lamentable error, pedí encargarme yo misma del billete.

Por teléfono, sin papeles de por medio, me dijeron que para compensarme me habían buscado plaza en uno de los mejores centros de oftalmología del país, cerca de Kiev, en Járkov. Inmediatamente cogí mi pequeña guía de la URSS (hoy, con internet, todo habría sido diferente) y localicé una ciudad que podría ser esa de la que me hablaban: Charkov, se leía, aunque la proximidad

a Kiev era de varios cientos de kilómetros. En la agencia de viajes me aseguraron que el Járkov que yo había oído, el Charkov de mi guía y el Kharkov que aparecía en su pantalla de reservas eran la misma ciudad, y que era posible volar hasta allí, cambiando de aeropuerto en Moscú; pero que no resultaba tarea fácil. Quedaron en avisarme en cuanto consiguieran una plaza.

Y la consiguieron. Una tarde de la semana siguiente me llamaron para decirme que un equipo de baloncesto que estaba jugando en Valladolid regresaría a Leningrado, vía Moscú, en tres días. No era un vuelo regular, salía a las cuatro menos veinte de la madrugada. ¿Y qué? Mi familia en pleno se desplazó a Madrid para la despedida, y el aeropuerto se convirtió en un valle de lágrimas.

No me detendré en el desconcierto sembrado por el comisario que nos reclutaba al grito de: «¡Si ya estamos todos, nos vamos!», cuando apenas era la una; ni en el asombro de aquellos hombretones que trataban de enseñarme algunas palabras de su complicado idioma; ni en la decepción de subirme al avión más chungo de cuantos estaban aparcados aquella noche en Barajas; ni en el peinado de las azafatas; ni en los ofrecimientos de pastillas y alcohol para dormir durante



Primer billete de avión de Sara Gutiérrez para viajar a la URSS en 1989.

el vuelo; ni en... Sí lo haré con gusto en el recuerdo del pivot, Serguei, que me ayudó a buscar un taxi en Sheremetevo-2 y me dio un teléfono de Leningrado que nunca marqué; y en la imagen del inmenso bosque de abedules que bordeaba la helada, vacía y anchísima carretera en la que el taxi se paró, con el motor ahumando; y en la escalera del aeropuerto de Vnúkovo por la que rodó mi equipaje, paraguas y gabardina incluidos; y en aquella amable iraquí que al ver que me acercaba a la puerta de embarque cada vez que oía Járkov (era lo único que entendía), se apiadó y me adoptó (mi momento de suerte: ella también iba a Járkov, en mi mismo vuelo).

Visto y no visto. Cuando me di cuenta, estaba en la calle y desde el remolque de un camión me pedían que identificara mi equipaje. Nadie estaba esperándome. Había llegado hasta allí sin una dirección en el bolsillo, una vez más les había creído, una vez más me habían fallado. «No te preocupes. En el aeropuerto de Járkov un intérprete estará esperándote para llevarte a la residencia en la que vivirás», me habían dicho. Allí no había nadie esperándome y, enseguida, nadie haciendo nada, excepción hecha de mi compañera de vuelo y algún taxista. Ella insistía en que la acompañara. «No vendrá nadie —repetía—, están celebrando la fiesta de la Revolución de octubre y durante tres días no hay con quién contar».



Telegrama enviado por Sara a sus padres para confirmar su llegada a la URSS y certificado de estancia en Járkov.

Pero si es noviembre, pero si me dijeron que vendrían... Lo de celebrar la Revolución de octubre en noviembre era fácilmente comprensible, cuestión de calendarios; lo del abandono...

Y me fui con ella, en un taxi del que no hacían más que entrar y salir pasajeros sin orden ni concierto aparente, a la residencia en la que vivía su hermana, a la residencia de los estudiantes de Medicina; una sucísima torre de babel en la que, a nuestro paso, se alzó una voz en castellano: «No hay problema, te quedas con nosotros hasta que localicemos tu Instituto». Era Gloria, una morenaza oriunda de Colombia, que en un abrir y cerrar de ojos organizó una fiesta latina en su cuarto para que cumbias y merengues alejaran de mí la pena de no poder ni tan siquiera llamar a casa para decir que estaba bien.

Mientras el novio nepalí de Gloria hacia gestiones para averiguar en qué lugar de la ciudad me esperaban (yo solo estaba al tanto del plan de formación: durante seis meses estudiaría ruso, después me harían un examen y, si lo superaba, empezaría a trabajar en



Soplando las velas de la tarta de su primer cumpleaños en la URSS. Abajo, cartas del servicio postal soviético enviadas a la familia en España.



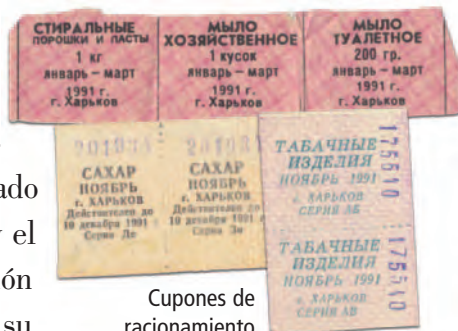
el hospital), dedicaba mis días a conocer la ciudad. Recorrí casi todas las líneas de tranvía, trolebús y autobús. Recorrí prácticamente toda la urbe. De principio a fin, avanzaba en el transporte público dos paradas y retrocedía una andando; observándolo todo, asombrándome por todo. Cuando, a los quince días, Shon dijo que creía haber encontrado mi Instituto, yo ya conocía Járkov al dedillo.

Mi nueva casa estaba en el otro extremo de la ciudad. Siguiendo los consejos de Gloria, adreecé el relato de las penurias que había superado para llegar hasta allí con un bote de Nescafé, y el director del Instituto Ucrainiano de Especialización Médica me asignó una cama en la habitación de su sobrina, una residente de Salud Pública que vivía en otra residencia con su novio, traumatólogo. Por fin tenía un lugar. Después, las cosas se complicaron y tuve que irme a Moscú para aclarar mi situación directamente en el Ministerio, pero esa es otra historia, como el contenido de mis setenta kilos de equipaje o las artimañas con las que conseguimos cien cervezas para celebrar mi cumpleaños, en diciembre.

Járkov, el nudo de comunicaciones más importante de Ucrania, se convirtió enseguida, para mí, en un pueblo. Una vez recorridos, sus barrios periféricos, atestados de altas torres blancas con claros signos de hacinamiento, idénticos



Cola en el supermercado frente a la residencia de la autora.



Cupones de racionamiento para jabón, azúcar y tabaco.

en su falta de identidad, dejaron de interesarme; y me quedé con el centro, adquinado, señorial, amplio, tranquilo. Cada tarde, para acostumbrarme al idioma, asistía a una representación de ópera o teatro; en los bajos del Nuevo Teatro de Járkov adquirí algunas joyas de vinilo que aún conservo.



Carné de médica expedido por el Ministerio de Sanidad de la Unión Soviética.



Fiesta de despedida en el hospital, en mayo de 1992.

Cuando uno va a Járkov está obligado a visitar la Catedral ortodoxa y el monumento al poeta nacional Taras Shevchenko en el parque del mismo nombre, poco más. En mi recorrido entran también el mercado de la avenida Shaltovskoe, donde aprendí a rellenar la despensa y a regatear; el restaurante Dom Chai, donde comía cada mediodía rodeada del lujo deca-

dente previo a la Revolución; la peluquería del Hotel Intourist, donde escuché historias tan alucinantes como la de aquella señora que tenía a su marido muerto

en la bañera porque no encontraba madera para el ataúd; la comisaría del barrio, donde descubrí algunos atajos burocráticos verdaderamente útiles; el locutorio de la plaza Universidad, a cuya puerta hice cola tantas veces a las seis de la mañana para conseguir una reserva de tres minutos de llamada a España, dos días más tarde; la estación de ferrocarril, donde, viéndome en los corrillos, algunos me habrán tomado por una mafiosa más; el Hospital Oftalmológico Provincial, en cuyos quirófanos di mis primeros pasos como cirujana y en cuyas comidas de colegas, brindis va brindis viene, tanto ruso (y algo de ucraniano) aprendí; la residencia, en la que la vida era una fiesta; y la casa de mi gran amiga Luba, cuya excelente cocina no ha podido desbancar ninguno de los restaurantes ucranianos que he probado: no hay quien iguale su *borshch*, no hay quien macere como ella la carne para el *shashlik*, en vodka.

Járkov, noviembre 1989 - mayo 1992



Preparando el fuego para los *shashliks* en casa de Luba, con su marido, Yura, y su hijo, Seriosha.



АСУ «ЭКСПРЕСС» **ПРОЕЗДНОЙ ДОКУМЕНТ** Я 580262

ПОЕЗД	ОТПРАВЛЕНИЕ	ВАГОН	ЦЕНА	ВНД ДОКУМЕНТА	
№ шифр	место	№ ваг	руб коп	вагон	место
621	02.07.23.50	11 П	0009.45	01	---

БИЛЕТ  
 ВЛГА ПЛСС-ВЛЬНКС (21300-21300)  
 МЕСТА 026 52

АСУ «ЭКСПРЕСС» **ПРОЕЗДНОЙ ДОКУМЕНТ** ВК 364772

ПОЕЗД	ОТПРАВЛЕНИЕ	ВАГОН	ЦЕНА	ВНД ДОКУМЕНТА	
№ шифр	место	№ ваг	руб коп	вагон	место
189	03.07.23.55	П	0016.80	01	---

ВЛЬНКС-ЛЬВОВ (21300-23200)  
 ЧОНЕРА МЕСТ УКАЗЫВАЕТ ПРОВОНАНЕ  
 772 844 83 0059109 030721 2163 097200  
 Н-16.80 С НАЛОГОМ

АСУ «ЭКСПРЕСС» **ПРОЕЗДНОЙ ДОКУМЕНТ**

ПОЕЗД	ОТПРАВЛЕНИЕ	ВАГОН	ЦЕНА	ВНД ДОКУМЕНТА	
№ шифр	место	№ ваг	руб коп	вагон	место
033	03.07.20.42	02 П	0016.80		

КМБВ ПЛСС-ОАБЕССА ГЛ (23000-23600)  
 МЕСТА 031 56  
 671 773 92 0113672 280551 1915 КИДЖЕ31  
 Н-17.80 С НАЛОГОМ

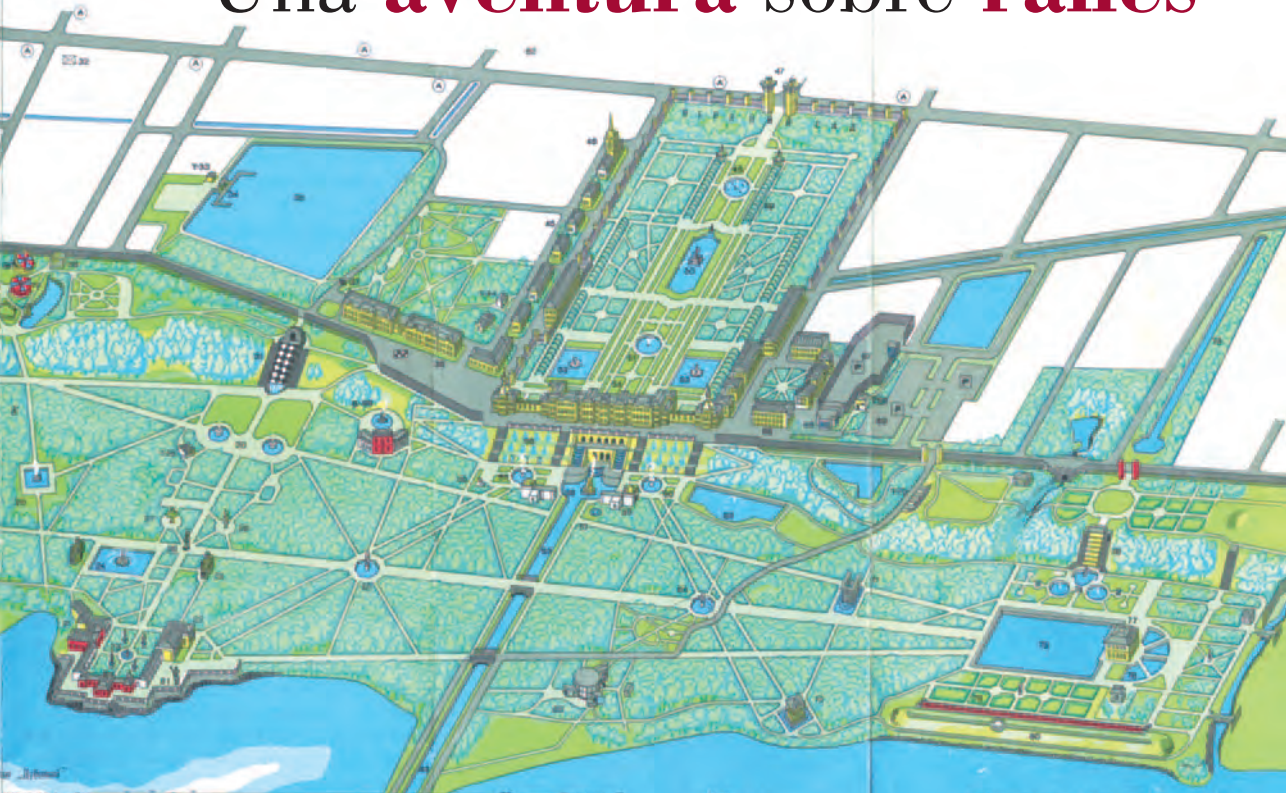
АСУ «ЭКСПРЕСС» **ПРОЕЗДНОЙ ДОКУМЕНТ** ХД 853868

ПОЕЗД	ОТПРАВЛЕНИЕ	ВАГОН	ЦЕНА	ВНД ДОКУМЕНТА	
№ шифр	место	№ ваг	руб коп	вагон	место
246	07.07				

ОАБЕССА ГЛ-ХД  
 МЕСТА 019,020  
 868 316 81 0  
 Н-23.60 С И



# Una aventura sobre raíles



65- Метелик	75- Маринский канал	ТУАЛЕТЫ
66- Звонцова	77- Дворец „Мадри“	1-4
67- Палата архитектора (картинная)	78- Симонацкий мост	1-12
69- Станция экскурсионных автобусов	79- Сады Венеры	1-28
71- Фонтан „Львиный каскад“ (реконструирован)	80- Земельный парк	1-33
72- Дворец „Зритель“	81- Нептун	1-44
73- Маринский мост	82- Собор святых Петра и Павла	1-68
74- Мужские фонтаны и „Трифон“		1-70
75- Маринский канал		



Billetes de tren utilizados en el viaje. Sara y Gula fotografiadas en Vilna. Junto a ellas, planos de algunos de los lugares que visitaron: Petrodvoréts (grande), Tallin (de izquierda a derecha), Vilna y Odesa. Tarjeta de acceso al restaurante Literaturnoie Kafé de Leningrado y un billete de avión a Alma-Ata.

Programa y entradas de la ópera *La Traviata*, en Odesa. A la derecha, en una manifestación y entrada para el Monasterio de las Cuevas (Kiev).



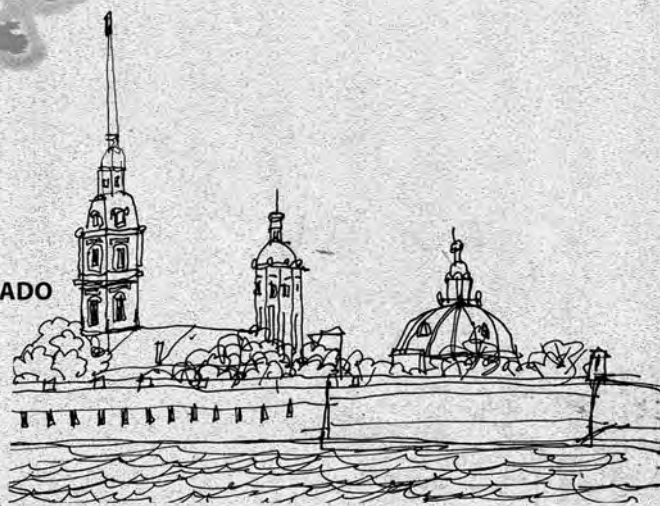
En Tallin y Lvov (derecha), bajo un folleto turístico de Odesa con gimnastas tamborileras (Campamento de pioneros Joven Guardia).

# El Último Verano de la URSS

DEL MAR BÁLTICO AL MAR NEGRO EN TREN



● Leningrado



FORTALEZA DE PEDRO Y PABLO  
(LENINGRADO, RUSIA)

● JÁRKOV

## Preparación del viaje (Járkov)

—LE REPITO QUE CON ESTE VISADO no puede comprar un billete a Taskent —gritaba, ya desesperada, la taquillera de la oficina central de Aeroflot en Járkov.

—Déjalo, Yulduz, otra vez será —le pedí yo con una tranquilidad poco normal a mi amiga—. Perdone —me dirigí a la agotada funcionaria—, ¿qué vuelos internos podría hacer con este visado?

—A Leningrado o a Moscú, solo uno y solo de ida. Este visado que usted tiene es para salir de la Unión Soviética, así que únicamente puedo venderle billete a una ciudad con aeropuerto internacional.

—Ya.

Ciertamente, el visado que llevaba era el que me habían proporcionado para ir a casa, a España, de vacaciones.

Me di la vuelta y Yulduz no estaba. Se había ido a hablar con el director de la oficina. Quería llevarme a ver a su familia a Samarcanda costara lo que costara. Interrumpí su machacona explicación y la arrastré fuera del despacho. Yo no tenía demasiadas ganas de ir a Samarcanda; había estado allí hacía cosa de un año, antes de conocerla a ella, y, sinceramente, no disponía de tanto tiempo para explorar la enorme cantidad de territorio que me ofrecía la URSS como para andar repitiendo destinos.

Llevaba semanas planeando estos días de vacaciones, tratando de sacarles el mayor partido posible. Se me había ocurrido que, antes de viajar a España, podría estar bien ir de Leningrado a Odesa, visitando las ciudades más importantes por las que pasara. No me había decidido a hacerlo porque la única manera de eludir las limitaciones de movilidad ligadas a mi condición de becada en la Unión Soviética era cubrir los trayectos en tren (solo un golpe de mala suerte podía hacer que me pidieran el pasaporte y comprobaran que carecía de permisos para viajar), y me parecía una pérdida de tiempo exagerada ir de Járkov a Leningrado, más cuando tenía que contar, según me habían comentado, con unas veinte horas para la vuelta desde Odesa. Otra cosa era poder ir en avión hasta Leningrado; al fin y al cabo, para salir después hacia España no necesitaba ningún vuelo interno, porque volaba a Madrid desde el aeropuerto moscovita Sheremetevo-2 y a Moscú me resultaba más cómodo ir en tren.

Además de no poder hacer vuelos internos sin el visado correspondiente, no podía reservar habitación en ningún hotel, pero el alojamiento no me preocupaba: me desplazaría en trenes nocturnos. Mejor, de ese modo aprovecharía el tiempo al máximo.

Legalmente, si quería salir de Járkov necesitaba la invitación de alguien afincado en el lugar que pretendía visitar, y ese alguien, siempre que el comisario de mi zona considerara oportuno poner el sello oficial al visado aprobado por el director del Instituto de Especialidades Médicas, a petición del catedrático responsable de mi formación, ese alguien, que para invitarme también habría tenido que someterse al juicio de superiores y policías, ese alguien, decía, se convertía en el responsable de mi conducta, manutención y alojamiento mientras permaneciera en su localidad. Con un planteamiento de control semejante, era lógico que las cabezas pensantes del régimen hubieran





decidido prohibir el uso de las plazas hoteleras a inocentes como yo. Al principio de mi estancia en la Unión Soviética, respetuosa de las normas de mis anfitriones, había viajado por invitación, precisamente a Samarcanda, y los trámites se enredaban durante meses. ¡Nunca más!

Desesperada, tratando de encontrar una solución, Yulduz me planteaba una posibilidad tras otra, me imagino. Reconozco que aunque le seguía la conversación la oía hablar sin capacidad para escucharla, yo ya estaba haciendo otros planes. Me costaba mucho mostrar tristeza por no poder acompañarla a ver a su familia mientras en mi interior bullía la planificación eufórica de una inminente y solitaria aventura: atravesar la parte más occidental del país de norte a sur, del mar Báltico al mar Negro. Pero lo logré, y di por zanjada la discusión cuando, por fin, se calló resignada.

Al atardecer, camino de la residencia en la que vivíamos, para liberarla a ella de su pesadumbre y a mí de mi hipocresía, confesé.

—No te preocupes, compraré un billete a Leningrado para ir a visitar el Petrodvoréts, que estaba cerrado cuando fui en invierno, y regresaré en tren.

—¿Vas a ir a Leningrado solo para ver el Petrodvoréts? Tampoco vale tanto. Sin embargo, si vinieras a Samarcanda, mi hermano nos llevaría en coche a las montañas y a Bujará, o adonde quieras.

—Ya lo creo que sí. Sería estupendo —dije yo sin entusiasmo alguno—. Pero no puede ser —suspiré—. Es posible que una vez en Leningrado me acerque a las repúblicas bálticas. Puede que baje hasta Odesa.

—Supongo que bromeas, eso es muy peligroso —y se quedó pensativa.

Más pensativa me quedé yo, que ya vislumbraba los puntos brillantes de las ciudades que visitaría y las líneas de los raíles que las unían hasta cerrar el círculo que el avión habría iniciado en Járkov. ¿Tenía suficientes rollos de fotos? Bueno, seguro que en el Hotel Intourist me venderían alguno, cuando

fuera a cortarme el pelo los compraría. Necesitaba rublos y no estaba la china. Por chocante que parezca, esta preocupación mía tiene una explicación: como los soviéticos de a pie no podían manejar dólares y el cambio oficial era misérrimo, todo el mundo cambiaba de manera ilegal, los lugareños para conseguir *verdes* y los extranjeros para sacar mayor partido a sus divisas. En mi residencia vivía una ciudadana de la tierra de Mao que había convertido su habitación en un verdadero banco y a mí me contaba entre sus clientes preferentes. Cuando no abría la puerta era porque se había ido a mover el dinero o sentía la vigilancia policial demasiado próxima. Ante la habitación de la china cerrada o prohibida (a veces nos hacía saber que no debíamos acercarnos por allí), yo siempre optaba por Alí. Cambiaba peor, pero como alternativa valía. El cirujano nepalí tenía muy claro que una cosa era tirar los tejos y, otra bien distinta, despilfarrar los rublos. Capaz de amanecer cocinando para invitarme a cenar a la noche siguiente, a la hora de contar el dinero no perdonaba ni un kopek. Dicho lo cual, y volviendo a lo mío, el viaje era perfectamente factible. Con la mochila pequeña sería suficiente para llevar la cámara de fotos, un pantalón, tres camisetas, un jersey, el chubasquero, calcetines, ropa interior y el neceser.

Iba tan entusiasmada que cuando quise volver en mí ya me había separado de Yulduz y estaba en la cama repasando mentalmente el trabajo que me esperaba al día siguiente para ver en qué momento podría escaparme del hospital hasta la oficina de Aeroflot y apuntarme en las cien mil listas que se hacían para ocultar el tráfico de turnos (esos que listillos y funcionarios vendían a sus conocidos para evitarles la espera y yo nunca supe comprar). Conseguir un billete de avión no era tarea fácil en el país de los sóviets. Nada lo era. Tardaría como mínimo un par de días en llegar a la ventanilla. ¿Cómo pude cometer la estupidez de no aprovechar la ocasión de la mañana? En fin,

siempre me pasaba lo mismo, era lenta de reflejos, tarda en reaccionar. ¿Qué podía hacer? ¿Empezar a darle vueltas de manera obsesiva a lo que pudo haber sido y no fue? ¡No! Lenta pero segura tenía que hacer realidad el más vale tarde que nunca.



AMANECÍ DEMASIADO ANSIOSA por llegar al hospital y adelantar trabajo como para soportar la lentitud del tranvía, así que me planté en la carretera dispuesta a parar un coche. En aquellos tiempos todos los conductores eran taxistas ocasionales. Enseguida se detuvo, cómo no, uno de esos híbridos Lada-Fiat tan populares allí, un Zhigulí destartado y de color indescriptible, conducido por un hombre de mediana edad al que le faltaba una pierna. Me subí, casi sin regatear, me acomodé en el asiento trasero y extendí el brazo para cerrar la portezuela, pero esta se alejó de mí. Me incliné para mirar hacia fuera y... ¡allí estaba Yulduz! tan cargada y sonriente como siempre.

—¿Se puede, querida?

—Por supuesto —respondí realmente contenta de tener compañía para el recorrido.

—Habrás regateado, ¿no? Ya sabes que los rusos son unos abusones, los hay que porque tienen coche se creen...

—Sí, sí, está bien —corté apresurada y temerosa de que el improvisado taxista frenara en seco y nos hiciera bajarnos de su vehículo.

—Qué raro para ti madrugar tanto.

—Ya.

—Tienes cara de haber dormido poco. ¿A qué hora apagaste la luz anoche? Lees demasiado.

—¡Yulduz! Pareces mi madre. Dormí de sobra.

—No sé a qué llamarás tú dormir de sobra. Es evidente que dormiste poco y, luego, a saber qué comerás. Acabarás enfermando.

—Duermo mucho, como más y soy dura como una piedra. Y, por si no lo sabes, hierba mala nunca muere.

Rompió a reír y no paró hasta que tuvo que ceder el paso a la jefa de quirófano para entrar en el hospital.



COMO ERA DE SUPONER, aquella tarde no pude comprar el billete, y al día siguiente tampoco. Había cientos de personas tratando de conseguir uno, muchas de ellas eran estudiantes extranjeros —africanos, árabes y latinoamericanos— o que estaban a punto de serlo, extranjeros en ciernes, me refiero a los uzbekos, tayikos, georgianos, armenios, incluso rusos. Creo que no he dicho todavía que nos encontrábamos en Ucrania, en los albores del verano de 1991; bueno, en realidad, de manera oficial, ya reinaba el estío desde hacía más de quince días, desde el 1 de junio exactamente, pero yo, fiel a mis raíces, estiraba la primavera hasta el 21.

Seguramente, para esas fechas, algunos analistas políticos (pocos, los más sinceros y avisados) ya se habrían dado cuenta de que el Nuevo Tratado de la Unión no era otra cosa que el paso previo a la disgregación absoluta de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS); sin embargo, los hijos de la Revolución seguían sin imaginarse la que se les venía encima, y ni los procesos electorales seudodemocráticos anunciados en los noticieros ni las pintadas que comenzaban a ilustrar los paredones de la ciudad les decían nada.

Al tercer día sin billete, me fui a casa un poco angustiada y, para alegrarme, decidí regalarme una cena con connotaciones de magdalena de Proust: huevos fritos con cebolla, igual que los que solía hacerme mi querida abuela en Oviedo los sábados por la mañana, para desayunar.

Me fui a casa... Yo la llamo casa porque, al fin y al cabo, aquella habitación de la Residencia de Médicos Especialistas era mi hogar. Vivía en uno de los apartamentos del quinto piso de la primera torre que, al igual que ocurría con el resto, tenía la puerta siempre abierta. Compartía los sanitarios (un retrete separado de una ducha por un pequeño distribuidor sin puerta en el que goteaba un lavabo) y la cocina con otras dos habitaciones (en una vivía Kolia, un apuesto residente de Ginecología que recibía de sus padres un excelente *samogón*, su orujo casero era de esos que se deslizan por la pared de la copa con la suavidad y el apego de una sentida lágrima; y en la otra, de vez en cuando, nos colocaban a tres o cuatro médicos de paso, cursillistas o congresistas ávidos de conocimientos, fundamentalmente sexuales). No podía quejarme. Tenía tanto espacio como algunos compañeros casados y padres para toda su familia. No habría sido difícil disponer de un apartamento para mí sola, pero no sé si se debió al pudor inevitable o a la integridad deseada, o a ambas cosas, el caso es que fui incapaz de seguir los consejos de cuantos me recibieron con objetos y sugerencias destinados a convencer a la *komendant*, la administradora de la residencia, de que yo, como occidental y posible suministradora de bienes de consumo, me merecía un apartamento completo. Así que me resigné a compartir piso y entalegar un burdo tesoro de jabones perfumados, tangas rojos, pintalabios chillones, pulseras de alambre y cristal, y extraños licores de repulsivos colores con el que nunca supe qué hacer. Conseguir un dormitorio para uso exclusivo era todo lo más por lo que estaba dispuesta a sobornar, y ya lo tenía.

Volviendo a la cena, cuál sería mi sorpresa cuando abro la nevera, de natural más que vacía, y la encuentro repleta de succulentos platos y una nota con la inconfundible caligrafía de Yulduz: «Te esperamos para cenar». Yulduz solía hacer eso, preparaba un banquete, y no contenta con invitar a comer, repartía manjares por todo el edificio. ¿Y si no hubiera mirado el frigorífico? Muchas noches me acostaba sin probar bocado o después de haber engullido de pie junto a la cama un trozo de pan y un tomate, simplemente; y no porque estuviera a dieta.

No acudir a la cita me pareció un desprecio gratuito e imperdonable. Me olvidé de los huevos fritos con cebolla, no sin pena, y bajé al vestíbulo. Lo atravesé, cogí el ascensor de la torre número tres y al salir, un entrañable aroma me arrastró hasta el cuarto donde me esperaban, sentados a una vistosa y olorosa mesa, Yulduz y su amigo especial Eldar, un bombero al que se había ligado hacía unas semanas ante el teléfono público de la primera planta del hospital. Él lo usaba con cierta frecuencia para llamar a su familia, ella pasaba casualmente cada vez, se saludaron, se sonrieron...

Y al poco se nos unió Gaziza, la vecina tayika con la que Yulduz intercambiaba todo tipo de delicias gastronómicas, y con ella llegó, como siempre, su enorme tarro de exquisito caviar.

Ya en la sobremesa, mientras seguíamos picoteando uvas pasas y garbanzos fritos, Yulduz, un tanto ensimismada, escanciaba mi té de una taza a otra cuando de pronto me espetó: «¡Llévame contigo!».

—¿Adónde? —pregunté asombrada.

—De viaje.

—¿Adónde? —insistí yo, que después del vodka y el coñac no hilaba muy fino.

—A Leningrado y a Odesa.



Стол  
ломится  
от  
яств

—¿Qué?! —y callé, temerosa de que se me hubiera notado el disgusto más de lo necesario.

—Haré lo que tú digas, pero llévame —suplicó sin dejar de pasar el té de taza a taza.

Asustada, cogí la taza que sostenía más baja, sin darme cuenta de que aún había un hilo de té en el aire que iría a parar al mantel; bebí pausadamente, para darme tiempo; y contesté.

—Yo no te llevo a ninguna parte. Yo tengo intención de hacer un viaje y tú, si quieres, vienes conmigo. Vamos juntas, pero nadie lleva a nadie. ¿Está claro?

—Como tú digas.

—Como yo diga, ¡no! —empecé a alterarme, probablemente sin razón—. ¡Yo no te pedí, ni te pido que vengas conmigo! Es más, no creo que sea buena idea.

—¿Por qué?

—Porque tu ritmo y el mío son distintos. Y yo no tengo intención de adaptarme a ti, ni creo que tú te adaptes a mí.

—¿Por qué?

—Porque ya me tracé un itinerario que quiero cubrir, y estoy segura de que sola podré hacerlo mejor que acompañada.

—¿Qué itinerario?

—Volar a Leningrado, visitar Petrodvoréts que, de lo importante, es lo único que no conozco, ir en tren a Tallin y, desde allí, siempre en trenes nocturnos, bajar hasta Odesa.

—Por la noche vas en tren, ¿y por el día?

—Por el día me dedicaré a visitar las capitales que hay por el camino: Tallin, Riga, Vilna, Minsk, Kiev, bueno en Kiev ya estuve, no sé, Kishiniov...



—Pero eso es mucho. Es un viaje muy duro. Te vas a cansar mucho, y por ahí no hay comida. Yo hago comida para el viaje.

—Ni se te ocurra. ¿Cómo no va a haber comida? Siempre hay algo. En todos esos sitios vive gente, ¿no? Algo comerán, digo yo.

—Lo están diciendo a todas horas en la radio y en la televisión: la gente está pasando hambre.

—Algo siempre hay. ¿Cómo no va a haber?

—Sí, pero hay que saber dónde, tener los contactos oportunos para que te lo den.

—También habrá mercados, como aquí.

—Sí, claro, carísimos. Eso, si los hay. Si tienen algo.

—Para alimentarse unos días será suficiente, digo yo. Tampoco voy a arruinarme por pagar un poco más de lo habitual.

—Vamos, que estás decidida y no hay quien te haga cambiar de opinión. Bueno, pues podemos ir, y cuando nos cansemos damos la vuelta.

—De eso nada. ¿Ves por qué prefiero ir sola? Yo, si me marco un recorrido, lo acabo. Tiene que pasarme algo muy grave para que abandone. Por eso no quiero más factores de riesgo que los inevitables.

—¿Qué quieres decir?

—Que mi cuerpo ya supone en sí mismo un riesgo ajeno a mi voluntad: puedo enfermar, tener un accidente, etcétera, etcétera, etcétera. Si somos dos, ese riesgo se multiplica y...

—Pero yo quiero ir contigo. —Parecía una pepona a punto de ser abandonada, y la desalmada que la abandonaba era yo.

—Solo si aceptas un trato. —Esperaba que ella me preguntara qué trato y que yo supiera endurecer la negociación lo suficiente como para librarme de ella.

—¿Qué trato?

—Que cada una hará lo que quiera, sin presionar a la otra. Vamos juntas pero como si fuéramos separadas, coincidiendo continuamente casi por casualidad. Y si una quiere volverse, detenerse, o lo que sea, la otra sigue a su aire sin ningún cargo de conciencia ni enfados. ¿De acuerdo?

—Lo que tú digas.

Yo acababa de aceptar lo inaceptable y ella, impasible, me había condenado. Quedamos en ir a la oficina de Aeroflot al día siguiente, en cuanto acabáramos de pasar consulta.



JUSTO EN EL MOMENTO en que estaba recogiendo a toda prisa la bata y los mocasines blancos que usaba para subir a planta, me llamó Yulduz por la línea interna:

—Tenemos los billetes en el aeropuerto.

—¿Qué?

—Luego te lo explico —susurró, me imagino que tan pegada al auricular que lo ensalivaría por completo, y colgó.

—Vale —le dije yo a nadie.

Aún no había reaccionado cuando oí su voz en el otro extremo del pasillo, salí de mi despacho y me dirigí hacia ella. Yo, por aquel entonces, estaba como una sílfide; la suya era una figura oronda que avanzaba torpemente, sin demasiada gracia. Mi ceño fruncido se enfrentó a su luna llena sonriente:

—¿Cómo conseguiste los billetes?

—Un paciente.

—¿Qué paciente?

—El director del aeropuerto.

—¿Está ingresado?

—No, lo estuvo. Le llamé esta mañana y solucionado. Habrá que llevarle una botella.

Coñac, champán, vodka..., cualquier alcohol era bienvenido a la hora de cobrar un favor; una mujer también nos hubiera agradecido una caja de bombones o un ramo de flores, eso sí, de número impar, que los pares les huelen a difunto.

A todo esto, Yulduz me había ido empujando hacia un lado del pasillo y había bajado tanto la voz que me sentí envuelta por un halo conspirador.

—No le digas a nadie que vamos de viaje —me ordenó agarrándome con una suave mano de hierro.

—¿Por qué?

—No le interesa a nadie. Hay gente muy envidiosa.

—¿Y?

—Prefiero que no lo sepa nadie.

—Vale.

Ya no había vuelta atrás: ¡Nos íbamos juntas!



BAJAMOS DEL TROLEBÚS en la parada del mercado, y mientras Yulduz regateaba y se regocijaba de lo barato que compraba, al tiempo que me reprendía por pagar la primera suma que me pedían (para mí, una miseria; baste decir que mi sueldo mensual, más que respetable, de médico residente equivalía a unos veinticinco dólares), yo pensaba en el viaje... Y de pronto, ¡tuve una idea!

—¡Yulduz! Te regalo unos vaqueros.

—¿Qué dices? —acertó a responder en medio de una nerviosa sonrisita que achinó aún más sus rasgados ojos dando vida incluso al de cristal.

—Sí, enfrente, debajo del locutorio telefónico, hay una tienda de esas que traen ropa de afuera, y creo que tienen vaqueros.

—Pero yo no puedo ponerme pantalones —se quejó.

—¿Por qué?

—Porque los cotillas me matarían.

—¿Quién? ¿Qué?

—Mis paisanos, los uzbekos que viven con nosotras en la residencia. Me llamarían la atención.

—No me hagas reír.

—Ríete si quieres, pero yo no puedo ponerme pantalones.

—Pero si vuestro traje típico tiene pantalones.

—Es diferente.

—¿Por qué?

—Es diferente. Come un plátano que estás muy delgada. —Cambió de tema alargándose una banana tropical que acababa de conseguir a mitad de precio gracias a sus innatas habilidades de gran mercader.

—Yulduz —insistí yo mientras daba cuenta de aquella fruta que sigue devolviéndome a mi infancia—, ¿te gustaría tener unos vaqueros? Para viajar es lo mejor, lo más práctico.

—Que no me los voy a poner.

—¿Te gustaría tenerlos?

—¿Para qué?

—Para contemplarlos.

—¿Para contemplarlos? —Y estalló en una contagiosa carcajada que casi nos ahoga.

—Yulduz, o aceptas mi regalo o no voy contigo de viaje.

—Nadie va con nadie, simplemente vamos juntas —canturreó irónicamente.

—No bromeo —dije falsamente seria—. Me parece fatal que no aceptes mi regalo de cumpleaños.

—¿Del cumpleaños de quién?

—Tuyo.

—¿Mío? Si estamos en junio y mi cumpleaños es en octubre.

—Ya, pero se me pasó. ¿O acaso te regalé algo?

—La verdad es que no.

—Pues no hay más que hablar.

Y volvimos a casa con unos vaqueros de color azul oscuro y aspecto arrugado, con goma en la cintura y la marca bordada en los colores del parchís. Un poco infantiles, la verdad, pero era lo que había. De cualquier modo, entonces con la ilusión de la flamante propietaria.

Permití que correspondiera a mi regalo agasajándome con una succulenta cena, como de costumbre.



EMPEZABA A DESPEDIRME de mis compañeros de cátedra cuando llegó Yulduz metiendo prisa. Me tiraba del brazo sin ningún recato al tiempo que gritaba: «Adiós, adiós, la semana próxima yo tampoco vengo a trabajar. Y después me voy a casa, de vacaciones».

Literalmente me arrastró hasta la escalera, y allí, en el rellano del ascensor, sacó de su enorme y anticuado bolso negro una pequeña agenda que me obligó a ojear.

—Mira, mira. Ya tengo direcciones de todas partes. Ania, que es prima de Gala, la enfermera, en Tallin; Olga, compañera de estudios de Ania, en Riga; en Riga también, Andriusha que fue novio de Luba, la cocinera; en Kishiniov...

—¡No pienso ir a casa de nadie! —corté—. Y menos a comprometer a desconocidos.

—Si ellos están deseando que vayamos.

—¿Ya les llamaste? —pregunté con el corazón en un puño.

—No, pero me lo dijo la gente que me dio los teléfonos y las direcciones. Podemos pasar a saludar.

—Ya sabía yo que no podía ser —rezongué en español.

—Si no quieres no vamos a casa de nadie, pero viajar sin contactos... Podemos aprovechar para llevarle a Ania...

—¿Te comprometiste a llevar algo a alguien?!

—No, no, bueno sí, pero...

—Espera, Yulduz, yo paso. Ya te dije que posiblemente no vuelva a tener una oportunidad como esta y que quiero ver cuanto más, mejor. Y eso no se consigue yendo de cocina en cocina.

—No te preocupes —respondió mientras depositaba dignamente la agenda en el bolso—, no veremos a nadie a no ser que lo necesitemos. Pero reconocerás que está bien llevar contactos.

—Eres la monda —sonreí—. Menos mal que no querías que nadie se enterara de nuestro viaje. Venga, vamos, te invito a comer a Dom Chai.

—¿Ahí comes tú todos los días?

—Sí. Podemos aprovechar para comprar la botella.

—Pero es muy caro.

—Yulduz...

Efectivamente, era muy caro. Me gastaba todos los días unos nueve rublos, apenas un dólar, por comer en uno de los restaurantes más lujosos de la ciudad que, afortunadamente, estaba a cinco minutos del hospital. En realidad siempre comía lo mismo: una ensalada de pepino, col o remolacha todas con zanahoria (nunca me puse tan morena como aquellos veranos); pescado ahumado, caviar o fiambre de lengua; un trozo de carne como la que mi madre echaba al cocido o un filete empanado —muy empanado— de pavo; y, para terminar, tarta, helado o, rara vez, fruta, mandarinas. Y, a pesar del lujo circundante, usaba mi navaja, no porque yo sea más de pueblo que las amapolas, sino porque los cuchillos habían sido desterrados de las cuberterías públicas, nunca supe bien por qué; decían que para evitar lesiones en caso de reyerta.

Con todas sus bondades, en Dom Chai, como en casi todas partes, era imposible escapar al sufrimiento gratuito. Infligirlo formaba parte del concepto nacional de servicio público, como si el placer malsano obtenido por la libre explotación (abuso) de la cuota de poder inherente al cargo, cada uno al suyo, constituyese el complemento debido y pagado en negro de los exiguos sueldos.

Me hacían sufrir al entrar: según el portero siempre estaba lleno; mientras comía: era imposible conseguir que me pusieran otra bebida que no fuera, alcoholes aparte, aquel astringente zumo rojo que me revolvía el estómago; al terminar: aunque sabían que tenía prisa por volver al hospital, tardaban no menos de media hora en traerme una cuenta tan fácil de echar que no recuerdo una sola vez que no tuviera el dinero preparado para cuando, por fin, se dignaban depositar sobre mi mesa la factura; al irme: para recoger mis prendas de abrigo, debía esperar a que el encargado del guardarropa acabara su comida o llegara a un punto y aparte en su lectura. Al principio me agobiaba, luego aprendí a entretenerme convirtiendo los tiempos muertos en espacios cinematográficos: analizaba el orden de los artículos que exhibían las vitrinas de los aparadores,

imaginaba el pensamiento de los comensales que me estudiaban desde sus mesas y los incluía en mi particular archivo de clientes del restaurante (habituales: el mafiosillo, vestido de chándal rodeado de guardaespaldas trajeados —hacían furor las chaquetas verdes, mostaza o burdeos combinadas con pantalones negros brillosos por el uso y la plancha—; esporádicos: la madre bien, profusamente enjoyada, agasajando a su niña enferma, de paso en la gran ciudad; muy esporádicos: el alto funcionario, su familia y un par de amigos, de cumpleaños, brindando sin parar, inocentemente entusiasmados), contemplaba los peinados y observaba los movimientos de la docena de camareras que, pulcramente uniformadas de negro y blanco, pululaban por los comedores semivacíos del viejo caserón, sin nada que hacer.

Cuando por fin lograba salir de mi particular infierno salvador, respiraba hondo y pasito a pasito, la mayor parte del año ya de noche y sobre hielo, regresaba al hospital para dedicar la tarde al estudio de casos difíciles o al desarrollo de mis habilidades quirúrgicas. Esto último era lo más desesperante pero también lo más divertido de mi trabajo. Es increíble lo que cuesta controlar los movimientos y el posicionamiento de las manos cuando uno trata de coser algo que está viendo a través de un microscopio. Convencer al cerebro de que eso que ve grande es pequeño, y de que esa distancia que cree enorme es diminuta, resulta ciertamente complicado, más si le estás exigiendo que dirija tus manos con firmeza y precisión. Al principio, contemplas las pelotas de gasa que esperan ser cosidas y tus manos no llegan, te desesperas, despegas los ojos del microscopio y buscas a tu alrededor, ves que tus manos titubean a un palmo del campo quirúrgico y entonces piensas que es imposible, que nunca lo conseguirás. El día en que mirando fijamente a las gasas ves aparecer la punta de tus dedos sujetando las pinzas y la aguja, se te queda grabado y empiezas a creer, de nuevo, que mucho más temprano que tarde podrás operar.



No digo nada ya de la fecha en que logras coordinar ambas manos y dar un punto de sutura. Y cuando por fin eres capaz de trasladar las manos del campo que estás viendo a través del microscopio al exterior, cambiar de instrumental a ciegas y volver con precisión al punto marcado con tintura de yodo... ¡Qué decir de la primera vez! Nada que ver con lo que está por venir, pero suficiente para convencerte de que el paraíso existe y es palpable. Todas aquellas horas que pasé pegada al microscopio luchando contra mi natural descoordinación merecieron la pena; extraer cristalinos, abrir canales y tallar córneas me proporcionaría, en los años venideros, momentos de los más plenos que he vivido; por aquel entonces, solo era un sueño.



ESTABA AÚN DURMIENDO cuando alguien llamó a mi puerta, solo podía ser Yulduz. Me apresuré a abrir para evitar el escándalo que se podía armar si se despertaban mis vecinos y, efectivamente, era ella.

—¿Todavía en la cama?

—¿Ya estás preparada?

—Vístete y vamos a desayunar.

—Espera, voy a ducharme.

—Luego te duchas. Ahora vamos a desayunar que ya lo tengo todo dispuesto en mi cuarto.

No soy de esas personas que se despiertan con hambre, pero tampoco de las que hacen ascos a una mesa bien puesta (sea la hora que sea), así que me levanté, me vestí y acompañé a Yulduz hasta su piso. Y digo piso porque se había trabajado convenientemente a la administradora y tenía cocina, ducha y retrete para ella sola.

Como siempre, desde el ascensor ya se percibía el resultado de su labor en los fogones: un exquisito guiso de pollo con patatas, empanadillas de carne, ensalada de col y tomates en vinagre. Sobre la mesa no cabía ni un alfiler. Los huecos entre las fuentes repletas de viandas estaban ocupados por platillos con galletas, frutos secos y garbanzos fritos.

—¡Yulduz!

—Nos espera un largo viaje, hay que desayunar fuerte. Hice todas las cosas que sé que te gustan.

—Te lo agradezco, pero con un café tenía bastante.

—También tengo café, y té verde, del que a ti te gusta.

—Gracias, Yulduz, no sé por dónde empezar. Y luego hay que recoger.

—No te preocupes. Mientras tú te duchas y acabas de preparar tus cosas, yo recojo. O lo hace Eldar.

Tengo que reconocer que me puse como el Quico, estaba todo buenísimo.

—Venga, ve a ducharte —insistió, empujándome hacia el rellano—. Dentro de cuarenta y cinco minutos nos vemos abajo.

—Vale. La primera que baje que salga a buscar un taxi.

—De acuerdo. ¡Corre, que vamos a perder el avión!

—Hay tiempo de sobra. Gracias.

Volví a mi habitación por fríos y solitarios pasillos que, a aquellas horas del amanecer, sobrecogían. Aunque no tanto como la imagen que atrajo mi atención cuando, ya con mi pequeña mochila malva a la espalda, bajé de nuevo al vestíbulo.

Frente por frente, se acercaba Yulduz. Hoy pienso que lo lógico habría sido echarse a reír; en aquel momento, me apeteció llorar. La mujer que se aproximaba a mí, hacía equilibrios para avanzar sobre sus zapatos negros de tacón y vestía falda gris acampanada por la rodilla, blusa blanca de chorreras



y cazadora malva (a juego con mi mochila); luchaba con bruscos movimientos del codo derecho por devolver su eterno y horroroso bolso negro al hombro, de donde se había deslizado por la pendiente de un brazo que soportaba el peso de una enorme bolsa de cuero; y con la mano izquierda arrastraba una saca de rafia entrelazada en cuadritos de colores a punto de estallar. No quise fijarme en su forzada sonrisa, ya penitente, tampoco pude evitar cabecear resignada al tiempo que chasqueaba la lengua. Dejé mi mochila sobre una silla y salí a buscar un taxi.

Cuando regresé con un flamante Volga color crema, Yulduz se apresuró a decirme que lo que llevaba en las bolsas era comida. Traté de persuadirla para que lo dejara todo en la residencia, pero no la convencí, tampoco la ayudé a carretearlo.

En el trayecto al aeropuerto, apenas nos dirigimos la palabra.



ENTRE LAS PRISAS que nos habíamos dado y un pequeño retraso que sufrió el vuelo, nos tocó esperar en el aeropuerto un buen rato. Yulduz le había concedido al tiempo el honor de quitarme el mal humor, pero no pudo resistir la tentación de participar en el duelo y, de pronto, sacó de la bolsa de rafia una trenza de pan dulce. Me ofreció un trozo y lo comí, me ofreció otro y también lo comí, le pedí más y empezamos a reírnos.

—Menos peso para el avión —dejó caer Yulduz cuando anunciaban el embarque de nuestro vuelo.